

SAGRADA EUCARISTÍA Y VIDA ESPIRITUAL

JAVIER SESÉ

1. MISTERIO DE AMOR

«La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia. Ésta experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas, la promesa del Señor: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20); en la Sagrada Eucaristía, por la transformación del pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, se alegra de esta presencia con una intensidad única. Desde que, en Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste, este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándolos de confiada esperanza. Con razón ha proclamado el Concilio Vaticano II que el Sacrificio eucarístico es “fuente y cima de toda la vida cristiana”¹. “La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo”². Por tanto la mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor»³.

Este arranque de la última encíclica del Santo Padre Juan Pablo II marca claramente el enfoque eclesial de todo el documento; pero muestra también la esencial dimensión espiritual, personal y propia de cada cristiano, que encierra

1. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 11.

2. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, 5.

3. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 1.

en sí este Sacramento. Dos dimensiones perfectamente armonizadas, porque así lo pide la misma naturaleza de la Iglesia, de la Eucaristía, y de la vida espiritual cristiana. El objeto de estas líneas es, precisamente, subrayar más particularmente las enseñanzas papales sobre la Eucaristía como «fuente y cima» de la vida espiritual cristiana.

Comencemos por destacar la idea que cierra el primer párrafo citado: en la Eucaristía se descubre, en efecto, la plena manifestación del inmenso amor divino por su Iglesia, por cada uno de sus miembros, por cada uno de sus hijos; pues en ella se nos entrega Él mismo: Dios encarnado, Jesucristo, y con Él, la obra de nuestra redención.

«Al dar a la Eucaristía todo el relieve que merece, y poniendo todo esmero en no infravalorar ninguna de sus dimensiones o exigencias, somos realmente conscientes de la magnitud de este don. A ello nos invita una tradición incesante que, desde los primeros siglos, ha sido testigo de una comunidad cristiana celosa en custodiar este “tesoro”. Impulsada por el amor, la Iglesia se preocupa de transmitir a las siguientes generaciones cristianas, sin perder ni un solo detalle, la fe y la doctrina sobre el Misterio eucarístico. No hay peligro de exagerar en la consideración de este Misterio, porque “en este Sacramento se resume todo el misterio de nuestra salvación”⁴»⁵.

Las almas santas saben captar esto de forma intensa y personal: saben descubrir en el Misterio eucarístico, en todas sus dimensiones (Sacrificio, Presencia, Comunión), el enorme valor del «tesoro»: la entrega amorosa, personal, íntima, intensa, de Dios a su alma: la gran prueba de cómo Dios nos ama, *me* ama. Ese convencimiento les mueve a corresponder, a devolver amor por Amor, y a hacerlo precisamente volcándose en detalles de cariño, de piedad, de devoción, con Jesús Sacramentado: sea en la forma de vivir la celebración de la Santa Misa y en el modo de comulgar, sea en otras manifestaciones públicas y privadas de culto eucarístico, sea en cómo gira toda su vida interior en torno a la misma Sagrada Eucaristía. Saben custodiar el tesoro, amar el tesoro, transmitir el tesoro, enseñar a valorar y amar el tesoro.

Alcanzamos así lo que me parece el núcleo de la piedad eucarística verdadera y lo que debería ser la motivación última de cualquier cristiano a la hora de acercarse a este sacramento y de llenar su vida con él: descubrir y valorar la Eucaristía como un «Misterio de Amor», como un acto de amor personalísimo del Señor con cada uno de nosotros, y participar en este sacramento como un verdadero acto de amor a Dios, como una respuesta de amor.

4. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, III, q. 83, a. 4 c.

5. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 61.

«Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega “hasta el extremo” (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida»⁶.

«Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cfr. Jn 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el “arte de la oración”⁷, ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!»⁸.

«Si ante este Misterio la razón experimenta sus propios límites, el corazón, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye bien cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites»⁹.

Como muestran estos textos, la Eucaristía como Misterio de Amor no es tanto una idea central extraída de una aguda reflexión teológica, como, sobre todo, algo plenamente vivido y experimentado personalmente por el propio Juan Pablo II. En efecto, de forma paralela a su también reciente carta sobre el Santo Rosario, observamos cómo, en esta encíclica, el Santo Padre nos abre su alma, nos muestra su propia experiencia eucarística personal, su propia experiencia de amor.

«Desde hace más de medio siglo, cada día, a partir de aquel 2 de noviembre de 1946 en que celebré mi primera Misa en la cripta de San Leonardo de la catedral del Wawel en Cracovia, mis ojos se han fijado en la hostia y el cáliz en los que, en cierto modo, el tiempo y el espacio se han “concentrado” y se ha representado de manera viviente el drama del Gólgota, desvelando su misteriosa “contemporaneidad”. Cada día, mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino Caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza (cfr. Lc 24, 3.35)».

«Dejadme, mis queridos hermanos y hermanas que, con íntima emoción, en vuestra compañía y para confortar vuestra fe, os dé testimonio de fe en la Santísima Eucaristía. “Ave, verum corpus natum de Maria Virgine, / vere passum, immolatum, in cruce pro homine!”. Aquí está el tesoro de la Iglesia, el co-

6. *Ibid.*, n. 11.

7. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 32: AAS 93 (2001) 288.

8. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 25.

9. *Ibid.*, n. 62.

razón del mundo, la prenda del fin al que todo hombre, aunque sea inconscientemente, aspira. Misterio grande, que ciertamente nos supera y pone a dura prueba la capacidad de nuestra mente de ir más allá de las apariencias. Aquí fallan nuestros sentidos —“visus, tactus, gustus in te fallitur”, se dice en el himno *Adoro te devote*—, pero nos basta sólo la fe, enraizada en las palabras de Cristo y que los Apóstoles nos han transmitido. Dejádme que, como Pedro al final del discurso eucarístico en el Evangelio de Juan, yo le repita a Cristo, en nombre de toda la Iglesia y en nombre de todos vosotros: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68)»¹⁰.

Esta implicación viva y personal del Papa otorga mucha más fuerza a unas afirmaciones que más que ilustrar nuestro entendimiento, deben encender nuestro corazón. Efectivamente, la encíclica tiene un hondo contenido doctrinal, indispensable para fundamentar con solidez la piedad, pero con una palpable orientación práctica, con un expreso objetivo primario de avivar en todos los cristianos, tanto a nivel comunitario como personal, una vida eucarística mucho más intensa.

Por otra parte, esta insistencia en la experiencia personal y en el amor, nos recuerda que también ellos son fuente de conocimiento, y fuente principal cuando se trata, precisamente, de «misterios» de fe y de amor.

«Adoro te devote, latens Deitas”, seguiremos cantando con el Doctor Angélico. Ante este misterio de amor, la razón humana experimenta toda su limitación. Se comprende cómo, a lo largo de los siglos, esta verdad haya obligado a la teología a hacer arduos esfuerzos para entenderla.

Son esfuerzos loables, tanto más útiles y penetrantes cuanto mejor consiguen conjugar el ejercicio crítico del pensamiento con la “fe vivida” de la Iglesia, percibida especialmente en el “carisma de la verdad” del Magisterio y en la “comprensión interna de los misterios”, a la que llegan sobre todo los santos¹¹»¹².

Es bien sabido que esa deseable armonía y mutua iluminación entre conocimiento especulativo y conocimiento experimental o «de amor», entre teología sistemática y teología «sapiencial» («mística»), se había ido diluyendo notablemente desde finales de la Edad Media hasta la época contemporánea; y que, desde hace unos años, son frecuentes las llamadas a su recuperación desde

10. *Ibid.*, n. 59. Cfr. también los recuerdos personales recogidos en *ibid.*, n. 8.

11. Cfr. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 8.

12. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 15.

el exterior y el interior de la propia teología, aunque personalmente me parecen escasos todavía los resultados concretos de ese acercamiento. También en esto el Santo Padre está abriendo camino y marcando, no sólo unas directrices, sino un ejemplo, un camino armonizado de reflexión y de vida, que debería seguir, a mi entender, toda la teología.

2. «ASOMBRO» ANTE EL AMOR

Volvamos a la decisiva consideración inicial. La Eucaristía es un acto de Amor, un Don de Amor. Un Don de Amor particularmente excelso, el más excelso, porque se nos da el mismo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, y se nos da su mismo Sacrificio, su mismo Misterio Pascual. La captación de esa impresionante donación, en la fe, es clave, por tanto, para la intensidad de la respuesta de amor al Señor, para el acrecentamiento de la piedad eucarística.

«El Señor Jesús, la noche en que fue entregado» (1 Co 11, 23), instituyó el Sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre. Las palabras del apóstol Pablo nos llevan a las circunstancias dramáticas en que nació la Eucaristía. En ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca sino que lo hace sacramentalmente presente. Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos¹³. Esta verdad la expresan bien las palabras con las cuales, en el rito latino, el pueblo responde a la proclamación del “misterio de la fe” que hace el sacerdote: “Anunciamos tu muerte, Señor”.

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues “todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos...”¹⁴.

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y “se realiza la obra de nuestra redención”¹⁵. Este sacrificio es tan de-

13. Cfr. CONC. ECUM. VAT. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 47: «Salvator noster (...) Sacrificium Eucharisticum Corporis et Sanguinis sui instituit, quo Sacrificium Crucis in saecula, donec veniret, perpetuaret...».

14. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1085.

15. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 3.

cisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don¹⁶. Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros?»¹⁷.

Una auténtica piedad eucarística comienza, pues, por un acto de fe en el Misterio. Un acto de fe que conviene desplegar y especificar a cada una de estas dimensiones esenciales que la encíclica recuerda: la renovación sacramental del Sacrificio de Cristo en el Calvario, y por tanto, la realización de la obra de nuestra salvación; y la donación personal del mismo Jesucristo.

Un acto de fe que debe conducir a una profunda y repetida meditación sobre la grandeza de este Misterio y de este Don; sobre la gran manifestación de Amor divino que supone («¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros?»: sentida expresión del Papa, que recuerda desahogos similares de muchos santos¹⁸), tanto para la Iglesia en su conjunto como para cada uno de sus hijos personalmente; sobre los frutos «inagotables» que otorga, etc.

Una meditación que provoque una cada vez más sentida y eficaz respuesta de agradecimiento, de amor y de obras...

En este sentido, el Santo Padre utiliza gráficamente la expresión «asombro»; destacando, en particular, cómo esa capacidad de dejarse iluminar, llenar y arrastrar por el Misterio hacia el Amor debería ser todavía mayor, si cabe, en el ministro sagrado, que tiene el poder de realizar el Sacramento, a pesar de su indignidad.

«Si con el don del Espíritu Santo en Pentecostés la Iglesia nace y se encamina por las vías del mundo, un momento decisivo de su formación es ciertamente la institución de la Eucaristía en el Cenáculo. Su fundamento y su hontanar es todo el *Triduum paschale*, pero éste está como incluido, anticipado, y “concentrado” para siempre en el don eucarístico. En este don, Jesucristo

16. Cfr. PABLO VI, *El «credo» del Pueblo de Dios* (30 junio 1968), 24: AAS 60 (1968), 442; JUAN PABLO II, Carta ap. *Dominicae Cena* (24 febrero 1980), 9: AAS 72 (1980).

17. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 11.

18. Cfr., por ejemplo, los textos recogidos en J. SESÉ, *Misterio de fe, Misterio de amor*, en «Scripta Theologica» 32 (2000) 585-606.

entregaba a la Iglesia la actualización perenne del misterio pascual. Con él instituyó una misteriosa “contemporaneidad” entre aquel Triduum y el transcurrir de todos los siglos.

Este pensamiento nos lleva a sentimientos de gran asombro y gratitud. El acontecimiento pascual y la Eucaristía que lo actualiza a lo largo de los siglos tienen una “capacidad” verdaderamente enorme, en la que entra toda la historia como destinataria de la gracia de la redención. Este asombro ha de inundar siempre a la Iglesia, reunida en la celebración eucarística. Pero, de modo especial, debe acompañar al ministro de la Eucaristía. En efecto, es él quien, gracias a la facultad concedida por el sacramento del Orden sacerdotal, realiza la consagración. Con la potestad que le viene del Cristo del Cenáculo, dice: “Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros... Éste es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros”. El sacerdote pronuncia estas palabras o, más bien, pone su boca y su voz a disposición de Aquél que las pronunció en el Cenáculo y quiso que fueran repetidas de generación en generación por todos los que en la Iglesia participan ministerialmente de su sacerdocio»¹⁹.

E insiste a continuación:

«Con la presente Carta encíclica, deseo suscitar este “asombro” eucarístico, en continuidad con la herencia jubilar que he querido dejar a la Iglesia con la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* y con su coronamiento mariano *Rosarium Virginis Mariae*. Contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María, es el “programa” que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización. Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, “misterio de luz”²⁰. Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús: “Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron” (Lc 24, 31)»²¹.

En el «asombro» ve, por tanto, Juan Pablo II la fuerza del acto de fe, como apertura humilde y dócil al don divino, que se prolonga en amor y contemplación, y alimenta la obra evangelizadora. Aparecen así, perfectamente hilvanados, los elementos esenciales de una auténtica vida espiritual, mostrando

19. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 5.

20. Cfr. Carta ap. *Rosarium Virginis Mariae* (16 octubre 2002), 21: AAS95 (2003) 19.

21. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 6.

cómo la Eucaristía es, en efecto, fuente y centro de esa vida: de la santidad cristiana y del apostolado cristiano.

Por otra parte, la referencia al «*duc in altum*» (remad mar adentro) está siendo frecuente en el magisterio más reciente del Papa, aplicada de forma armónica al espíritu apostólico y a la vida interior del cristiano. Una expresión, pues, que nos invita al optimismo y al «entusiasmo» evangelizador, apoyado en un mayor entusiasmo por Dios mismo (que brota de ese «asombro»), en nuestra personal vida de relación con Dios. Una expresión que nos invita a una mayor audacia, a «arriesgar» de verdad en el apostolado, porque sepamos también arriesgar, ser audaces, en nuestra vida interior: dejarnos enamorar hasta lo más hondo por Dios, y amarle cada día con más intensidad y generosidad.

La referencia, ya citada, a Juan recostado sobre el pecho de Jesús, o a la unción de Betania²², son ejemplos prácticos de lo que el Papa nos quiere decir con «remar mar adentro» en el trato con Jesús Sacramentado, de lo que significa una verdadera intimidad de amor en la Eucaristía; como la insistencia en la contemplación de los misterios lo era también en la carta sobre el Rosario.

3. COMUNIÓN PERSONAL DE AMOR

Siguiendo la encíclica, hemos hecho referencia, sobre todo, hasta ahora, a la Sagrada Eucaristía como Sacrificio; pero su dimensión, también esencial, de Comunión afianza todavía más su carácter de Don de Amor, de encuentro de amor particularmente íntimo y personal entre Jesús y cada cristiano. La Comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo, que el cristiano puede recibir a diario, es, en efecto, una donación personal del mismo Jesús y una aplicación personal de su obra redentora en cada alma. Otro aspecto del Misterio ante el que «asombrarse», ante el que manifestar nuestra fe, meditar, agradecer, amar...

«La eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente cuando se comulga recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor. De por sí, el sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros, los fieles, con Cristo mediante la comunión: le recibimos a Él mismo, que se ha ofrecido por nosotros; su cuerpo, que Él ha entregado por nosotros en la Cruz; su sangre, “derramada por muchos para perdón de los pecados” (Mt 26, 28). Recordemos sus palabras: “Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí” (Jn 6, 57). Jesús mismo nos asegura que esta unión, que Él pone en relación con la vida trinitaria, se realiza efectivamen-

22. Cfr. *ibid.*, n. 47.

te. La Eucaristía es verdadero banquete, en el cual Cristo se ofrece como alimento. Cuando Jesús anuncia por primera vez esta comida, los oyentes se quedan asombrados y confusos, obligando al Maestro a recalcar la verdad objetiva de sus palabras: “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros” (Jn 6, 53). No se trata de un alimento metafórico: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida” (Jn 6, 55)»²³.

La referencia trinitaria es fundamental para ahondar más en la riqueza del Don de Amor y provocar aún mayor hondura e intensidad en nuestra respuesta. La Comunión lo es, ante todo, con el mismo Jesucristo; pero no se puede separar al Hijo del Padre: en Jesús mismo, en su entrega y en su amor, con Él y por Él, se nos entrega el Padre, nos ama el Padre, somos introducidos en la misteriosa relación paterno-filial que los une y que es el origen de la donación divina que se nos hace.

Además, siempre en perfecta coherencia con la realidad trinitaria divina, en la Eucaristía se nos da el Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, Don personal del Padre y del Hijo, Santificante y Santificador: y con Él, todos sus dones:

«Por la comunión de su cuerpo y de su sangre, Cristo nos comunica también su Espíritu. Escribe san Efrén: “Llamó al pan su cuerpo viviente, lo llenó de sí mismo y de su Espíritu (...), y quien lo come con fe, come Fuego y Espíritu. (...) Tomad, comed todos de él, y coméis con él el Espíritu Santo. En efecto, es verdaderamente mi cuerpo y el que lo come vivirá eternamente”²⁴. La Iglesia pide este don divino, raíz de todos los otros dones, en la epiclesis eucarística. Se lee, por ejemplo, en la Divina Liturgia de san Juan Crisóstomo: “Te invocamos, te rogamos y te suplicamos: manda tu Santo Espíritu sobre todos nosotros y sobre estos dones (...) para que sean purificación del alma, remisión de los pecados y comunicación del Espíritu Santo para cuantos participan de ellos”²⁵. Y, en el Misal Romano, el celebrante implora que: “Fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un sólo cuerpo y un sólo espíritu”²⁶. Así, con el don de su cuerpo y su sangre, Cristo acrecienta en nosotros el don de su Espíritu, infundido ya en el Bautismo e impreso como “sello” en el sacramento de la Confirmación»²⁷.

23. *Ibid.*, n. 16.

24. S. EFRÉN, *Homilía IV para la Semana Santa*. CSCO 413/ Syr. 182, 55.

25. *Anáfora*.

26. *Plegaria Eucarística III*.

27. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 17.

En definitiva, «En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre»²⁸.

Toda esta comunión trinitaria se puede expresar, como ya se ha insinuado, en una doble dirección: Dios que entra y vive en el cristiano, y el cristiano que penetra en la vida de la Trinidad. Esto es lo que hace posible que se pueda hablar de verdadero amor de amistad, de verdadero amor dado y correspondido; aunque, sin la iniciativa divina y la entrega de sus dones, nuestra respuesta no sería posible.

«La incorporación a Cristo, que tiene lugar por el Bautismo, se renueva y se consolida continuamente con la participación en el Sacrificio eucarístico, sobre todo cuando ésta es plena mediante la comunión sacramental. Podemos decir que no solamente cada uno de nosotros recibe a Cristo, sino que también Cristo nos recibe a cada uno de nosotros. Él estrecha su amistad con nosotros: “Vosotros sois mis amigos” (Jn 15, 14). Más aún, nosotros vivimos gracias a Él: “el que me coma vivirá por mí” (Jn 6, 57). En la comunión eucarística se realiza de manera sublime que Cristo y el discípulo “estén” el uno en el otro: “Permaneced en mí, como yo en vosotros” (Jn 15, 4)»²⁹.

Efectivamente, la insistencia en el recibir el Cuerpo de Cristo, como acto propio de la Comunión eucarística, no puede hacer olvidar que la acción es, ante todo, divina y divinizante, aunque contando siempre con nuestra libre respuesta y correspondencia. El Santo Padre lo expresa, con luminosa coherencia teológica y certera proyección práctica, a través de las tres virtudes teologales:

«La comunión invisible, aun siendo por naturaleza un crecimiento, supone la vida de gracia, por medio de la cual se nos hace “partícipes de la naturaleza divina” (2 Pe 1, 4), así como la práctica de las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad. En efecto, sólo de este modo se obtiene verdadera comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. No basta la fe, sino que es preciso perseverar en la gracia santificante y en la caridad, permaneciendo en el seno de la Iglesia con el “cuerpo” y con el “corazón”³⁰; es decir, hace falta, por decirlo con palabras de san Pablo, “la fe que actúa por la caridad” (Ga 5, 6)»³¹.

Sigue, a estas palabras, el imprescindible recuerdo de la necesidad de una conciencia limpia para acercarse al Banquete eucarístico; disposición necesaria,

28. *Ibid.*, n. 60.

29. *Ibid.*, n. 22.

30. Cfr. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 14.

31. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 36.

que se prolonga, como consecuencia de un amor al que no se pueden poner límites ni encorsetar en mínimos de obligación, con la importancia, tan recordada en toda la tradición ascética y sacramental de la Iglesia, de la esmerada preparación interior para la Misa y la Comunión, de la devoción al comulgar, de la intensidad de la oración personal en esos momentos, etc. De ahí la enorme riqueza de consejos y recomendaciones, oraciones y devociones, en torno a la Misa, y sobre todo a la Comunión, que encontramos en la literatura espiritual cristiana.

4. ADORACIÓN DE AMOR

Quizá uno de los aspectos clave de la encíclica, decisivo en la promoción de la piedad eucarística que el Papa pretende, es la importancia que otorga al culto fuera de la celebración. Importancia que contrasta con algunas tendencias de los últimos decenios, en determinados grupos eclesiales, quizá excesivamente empeñados en debilitar y apagar algunas manifestaciones de piedad personal y popular en torno a la Eucaristía, aunque fuera con el noble fin de fomentar más la celebración del Sacramento.

Más aún, el texto de la encíclica subraya algo que es teológicamente decisivo para evitar falsos enfrentamientos entre liturgia y piedad popular o personal: la unidad que existe entre ese culto eucarístico fuera de la Misa y la misma celebración; dicho de otra forma, la unidad entre los tres aspectos de un único Sacramento: Sacrificio, Comunión y Presencia.

«El Misterio eucarístico —Sacrificio, Presencia, Banquete— no consiente reducciones ni instrumentalizaciones; debe ser vivido en su integridad, sea durante la celebración, sea en el íntimo coloquio con Jesús apenas recibido en la comunión, sea durante la adoración eucarística fuera de la Misa. Entonces es cuando se construye firmemente la Iglesia y se expresa realmente lo que es: una, santa, católica y apostólica; pueblo, templo y familia de Dios; cuerpo y esposa de Cristo, animada por el Espíritu Santo; sacramento universal de salvación y comunión jerárquicamente estructurada»³².

Como se ve, son muy importantes también las manifestaciones eclesiológicas de esta unidad sacramental de la Eucaristía; pero a nosotros nos toca destacar las manifestaciones espirituales. En efecto, es precisamente la realidad y la prolongación de la Presencia sacramental de Jesucristo más allá del mo-

32. *Ibid.*, n. 61.

mento de la Consagración, la que vincula necesariamente cualquier acto de piedad y culto eucarístico a la misma celebración.

«El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa —presencia que dura mientras subsistan las especies del pan y del vino³³—, deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual³⁴. Corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas³⁵,³⁶.

La última parte de esta cita —la referencia a la responsabilidad de los Pastores, no sólo en la celebración misma del Misterio eucarístico, sino en todo el culto y la piedad eucarística—, resulta muy significativa respecto a esa unidad sacramental que hemos señalado: el ministro de la Eucaristía lo es de todo el Sacramento, de todas sus dimensiones; y su labor y responsabilidad no se circunscriben, por tanto, a consagrar el Cuerpo y la Sangre de Cristo y distribuir la Comunión.

También resulta significativo que sea éste el contexto particular en el que el Papa —también como sacerdote, como ministro de la Eucaristía— realiza una de esas referencias más personales —más «místicas», me atrevo incluso a decir—, a las que antes hemos hecho referencia:

«Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cfr. Jn 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el “arte de la oración”³⁷, ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!»³⁸.

33. Cfr. CONC. ECUM. TRIDENTINO, Ses. XIII, *Decretum de ss. Eucharistia*, can. 4: DS 1654.

34. Cfr. *Rituale Romanum: De sacra communione et de cultu mysterii eucharistici extra Missam*, 36 (n. 80).

35. Cfr. *ibid.*, nn. 38-39 (nn. 86-90).

36. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 17.

37. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 32: AAS 93 (2001) 288.

38. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 25.

En efecto, el ejemplo personal del Santo Padre, su vida de oración centrada en la adoración eucarística, ha brillado con particular fuerza en estos veinticinco años de pontificado. Recientemente lo expresaba, con particular lucidez y convencimiento, uno de sus colaboradores, al serle solicitado un balance de ese periodo:

«Yo diría que es el balance de la enorme eficacia evangelizadora de un contemplativo, de un místico. Yo lo vería así. La Iglesia busca llevar a Cristo al mundo, y éste es el empeño constante de Juan Pablo II, desde el principio hasta hoy. Está contenido en la famosa frase que tanto se recuerda: “Abrid las puertas a Cristo, no tengáis miedo”. Yo creo que se completa con la que repite ahora, frente a la nueva evangelización del tercer milenio: “Lo que salvará al mundo no es una fórmula, no es un método, es una Persona —con mayúscula—, es Cristo”, como dice en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. Él ama apasionadamente a Cristo, y el amor es difusivo. Le sucede como a los enamorados, que no cesan de hablar a todos del amor que llena e ilumina su inteligencia, su memoria, su corazón, su esperanza, su tiempo, su todo... Y él está enamorado de Cristo apasionadamente.

Juan Pablo II ha batido un récord del que ustedes, los periodistas, hablan poco. Ustedes hablan de las veces que ha dado la vuelta al mundo, de los millones de personas que ha recibido en audiencia, de las docenas de documentos doctrinales o disciplinares que ha publicado. Pero se olvidan de otro récord. Para mí, es el Papa que más horas ha pasado rezando delante del Sagrario. Y es el hombre que más horas ha pasado metiéndose en las escenas del Evangelio, para tratar la humanidad de Cristo con esa intimidad con que lo hacían San Juan de la Cruz o Santa Teresa. Lo estamos viendo con gran evidencia ahora, en que vienen a menos el vigor y la salud de su cuerpo: él es un místico, y tiene la fuerza y el coraje de los místicos. Si no hubiera sido como es, un hombre enamorado profundamente de Cristo, no hubiera podido hacer lo que ha hecho y lo que está haciendo. Yo diría que éste es el balance bellísimo de una vida completamente configurada a Cristo, hecha un don perfecto por la fuerza del amor»³⁹.

5. EUCARISTÍA, SANTIDAD Y EVANGELIZACIÓN

Es claro que la unión íntima con Cristo a la que todos aspiramos —la santidad, la mística— pasa necesariamente por los sacramentos, como nos recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

39. Mons. JULIÁN HERRANZ, en «Alfa y Omega», n. 372, 16.X.2003.

«El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama “mística”, porque participa en el misterio de Cristo mediante los sacramentos —“los santos misterios”— y, en él, en el misterio de la Santa Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con él, aunque gracias especiales o signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para así manifestar el don gratuito hecho a todos»⁴⁰.

Si la santidad y la mística —inseparables entre sí— pasan por los sacramentos, pasan por el que es fuente, cumbre y síntesis de todos ellos: la Sagrada Eucaristía; y pasan por toda su riqueza y unidad inseparable: por la participación intensa en su celebración sacrificial, por la comunión devota, por la adoración amorosa a la presencia continua de Jesús Sacramentado.

«Numerosos Santos nos han dado ejemplo de esta práctica, alabada y recomendada repetidamente por el Magisterio⁴¹. De manera particular se distinguió por ella San Alfonso María de Liguorio, que escribió: “Entre todas las devociones, ésta de adorar a Jesús sacramentado es la primera, después de los sacramentos, la más apreciada por Dios y la más útil para nosotros”⁴². La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia. Una comunidad cristiana que quiera ser más capaz de contemplar el rostro de Cristo, en el espíritu que he sugerido en las Cartas apostólicas *Novo millennio ineunte* y *Rosarium Virginis Mariae*, ha de desarrollar también este aspecto del culto eucarístico, en el que se prolongan y multiplican los frutos de la comunión del cuerpo y sangre del Señor»⁴³.

De ahí el fuerte atractivo que ha tenido y tiene siempre, para las almas santas, el Sagrario; de ahí lo que parecen auténticos «concursos» entre esas almas para batir el «récord» de horas ante el Sagrario (noches enteras, por ejemplo); y no sólo entre personas con vocación expresa a la vida contemplativa, e incluso a la adoración perpetua del Santísimo, sino entre almas con una gran responsabilidad y dedicación al trabajo y a la acción apostólica, que saben encontrar tiempo —con generosidad, con heroísmo— para esa prolongada e intensa adoración, sabedores de que en ella radica precisamente la fuerza de su apostolado. Y

40. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2014.

41. «Durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento, que debe estar reservado en un sitio dignísimo con el máximo honor en las iglesias, conforme a las leyes litúrgicas, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor, allí presente»: PABLO VI, Carta enc. *Mysterium fidei* (3 septiembre 1965): *AAS* 57 (1965) 771.

42. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Visite al SS. Sacramento ed a Maria Santissima*, Introduzione: *Opere ascetiche*, IV, Avelino 2000, 295.

43. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 25.

todo ello sentido, precisamente, como una necesaria y deseada prolongación de la Misa y la Comunión, vividas también con una creciente intensidad de amor.

Juan Pablo II es un ejemplo vivo de todo ello; y todos debemos seguir sus pasos, para ser los «santos evangelizadores» que el mundo necesita, como el mismo Pontífice no cesa de recordarnos: para configurarnos con Jesucristo y hacer a Cristo mucho más presente entre los hombres.

«En el alba de este tercer milenio todos nosotros, hijos de la Iglesia, estamos llamados a caminar en la vida cristiana con un renovado impulso. Como he escrito en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, no se trata de “inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste”⁴⁴. La realización de este programa de un nuevo vigor de la vida cristiana pasa por la Eucaristía.

Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen. En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidáramos la Eucaristía, ¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia?»⁴⁵.

«Al unirse a Cristo, en vez de encerrarse en sí mismo, el Pueblo de la nueva Alianza se convierte en “sacramento” para la humanidad⁴⁶, signo e instrumento de la salvación, en obra de Cristo, en luz del mundo y sal de la tierra (cfr. Mt 5, 13-16), para la redención de todos⁴⁷. La misión de la Iglesia continúa la de Cristo: “Como el Padre me envió, también yo os envío” (Jn 20, 21). Por tanto, la Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. Así, la Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo⁴⁸,⁴⁹.

44. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, n. 29: AAS 93 (2001) 285.

45. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 60.

46. Cfr. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

47. Cfr. *ibid.*, n. 9.

48. Cfr. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, 5. El mismo Decreto dice en el n. 6: «No se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene su raíz y centro en la celebración de la sagrada Eucaristía».

49. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 22.

Respecto a la fuerza evangelizadora de la Sagrada Eucaristía y de nuestra participación personal en ella, me parece que tiene un particular valor y actualidad la reflexión que hace Juan Pablo II partiendo de su dimensión escatológica:

«Una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un “cielo nuevo” y una “tierra nueva” (Ap 21, 1), eso no debilita, sino que más bien estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente⁵⁰. Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios.

(...) Anunciar la muerte del Señor “hasta que venga” (1 Co 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo “eucarística”. Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22, 20)»⁵¹.

Me parecen, en efecto, ideas especialmente sugerentes tanto para la reflexión teológica (tan interesada en los últimos decenios por el mundo, la historia, la secularidad), como, sobre todo, para la vida cristiana corriente de todos, especialmente de los laicos.

6. LA «COMUNIÓN ESPIRITUAL»

Resulta también significativo, siempre en la línea de subrayar la unidad de las tres dimensiones esenciales de la Eucaristía, comprobar, no sólo cómo la tradición espiritual cristiana ha avanzado desde la Misa y la Comunión hacia la adoración al Santísimo reservado, sino también cómo se ha desarrollado un proceso inverso: potenciar una mayor y mejor participación en la celebración, en la Misa y en la Comunión, desde una piedad eucarística que va llenando to-

50. Cfr. CONC. ECUM. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 39.

51. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 22.

da la jornada del cristiano. Lo muestra también el Santo Padre, recordando una práctica muy tradicional y muy extendida entre el pueblo fiel:

«La Eucaristía se manifiesta, pues, como culminación de todos los Sacramentos, en cuanto lleva a perfección la comunión con Dios Padre, mediante la identificación con el Hijo Unigénito, por obra del Espíritu Santo. Un insigne escritor de la tradición bizantina expresó esta verdad con agudeza de fe: en la Eucaristía, “con preferencia respecto a los otros sacramentos, el misterio (de la comunión) es tan perfecto que conduce a la cúspide de todos los bienes: en ella culmina todo deseo humano, porque aquí llegamos a Dios y Dios se une a nosotros con la unión más perfecta”⁵². Precisamente por eso, es conveniente cultivar en el ánimo el deseo constante del Sacramento eucarístico. De aquí ha nacido la práctica de la “comunión espiritual”, felizmente difundida desde hace siglos en la Iglesia y recomendada por Santos maestros de vida espiritual. Santa Teresa de Jesús escribió: “Cuando (...) no comulgáredes y oyéredes misa, podéis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho (...), que es mucho lo que se imprime el amor así deste Señor”^{53, 54}.

Quizá, desde un punto de vista que podríamos calificar de excesivamente «rigorista» y «racionalista», puede parecer que hay una enorme diferencia —más aún, una diferencia teológicamente «sustancial»— entre esta llamada comunión «espiritual» y la Comunión sacramental. Pero un análisis teológico-espiritual más detenido acerca mucho las dos prácticas, sin que dejen de ser materialmente distintas.

Por una parte, la misma naturaleza de la comunión espiritual —la expresión del fuerte y sincero deseo de recibir sacramentalmente a Jesús— la une estrechamente al Sacramento mismo: a la próxima Comunión que se recibirá, objeto del deseo, y también a la última que se acaba de recibir, que impulsa ese deseo.

Por otra, la misma prolongación sacramental de la Presencia eucarística da contenido «actual» a la comunión espiritual, que no es, por tanto, una unión solamente con algo que ha pasado y que pasará, sino con algo que sigue pasando, actualmente, realmente, sustancialmente, sacramentalmente.

En fin —sin pretender agotar los argumentos—, lo «espiritual» también es «real» (idea, por lo demás, fundamental en toda la Teología espiritual, si no se la quiere vaciar de contenido, o reducir a la dogmática y la moral): el acto de

52. NICOLÁS CABASILAS, *La vida en Cristo*, IV, 10: *Sch* 355, 270.

53. SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, c. 35, 1.

54. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 34.

la comunión espiritual es un verdadero acto de comunión con la Persona de Jesucristo, con el mismo Jesucristo —no hay otro— que se hace presente y se ofrece por nosotros en el Sacrificio eucarístico, y con el que comulgamos sacramentalmente en la Comunión eucarística.

7. MARÍA, «MUJER EUCARÍSTICA»

He dicho «en fin», pero, desde una perspectiva diversa, el contenido de este nuevo apartado también ayuda a entender la relación entre lo espiritual y lo sacramental, junto a otros aspectos característicos de la profundidad y la universalidad del Misterio eucarístico.

En efecto, cuando, avanzada la encíclica, el Papa aborda la figura de María Santísima en relación con la Sagrada Eucaristía, lo hace desde una perspectiva que podemos llamar «globalizante y unificadora»: desde lo hondo del misterio de la Madre de Dios, desde su actitud espiritual más profunda y fundante de toda su misión especialísima en la historia de la salvación.

«Más allá de su participación en el Banquete eucarístico, la relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente a partir de su actitud interior. María es mujer “eucarística” con toda su vida. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio.

(...) En cierto sentido, María ha practicado su fe eucarística antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor. Hay, pues, una analogía profunda entre el fiat pronunciado por María a las palabras del Ángel y el amén que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor»⁵⁵.

He de reconocer que esta última frase fue la que, personalmente, más me impactó en mi primera lectura de la encíclica. Me parece muy luminosa para captar la trascendencia y el valor que tiene una sola Comunión, cada una de las Comuniones eucarísticas recibidas. Trascendencia y valor de la realidad misma

55. *Ibid.*, nn. 53 y 55.

del encuentro personal (real, sustancial, «físico») con Jesucristo (comparable a la misma Encarnación), realizado sacramentalmente; y trascendencia y valor de nuestra actitud ante ese encuentro, que debería acercarse lo más posible, cada vez que participamos en el Sacramento, al «fiat» radical de nuestra Madre: humilde, entregado y eficaz.

Sigamos leyendo al Papa (obsérvese cómo aparecen aquí, aplicadas a la Virgen, las mismas ideas de fe, asombro, adoración, contemplación, amor, comunión, etc., que permean toda la encíclica):

«A María se le pidió creer que quien concibió “por obra del Espíritu Santo” era el “Hijo de Dios” (cfr. Lc 1, 30.35). En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino.

“Feliz la que ha creído” (Lc 1, 45): María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en “tabernáculo” —el primer “tabernáculo” de la historia— donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como “irradiando” su luz a través de los ojos y la voz de María. Y la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?»⁵⁶.

De esta forma, María se nos presenta, desde luego, como modelo de amor eucarístico: el mejor modelo, modelo principal. Pero también como la que nos introduce en el mismo Misterio eucarístico, la que nos lo ha facilitado: al abrir su seno a la Encarnación del Hijo de Dios, ha abierto toda la tierra a su presencia: ha abierto nuestros altares, nuestros tabernáculos, nuestros cuerpos, a la presencia real, verdadera y sustancial de Jesucristo, y a su poder redentor y santificante.

También desde el punto de vista sacrificial de la Eucaristía, encontramos ese doble papel mariano de modelo principal y de especialísima mediación materna; y también Juan Pablo II lo expresa desde una visión abarcante de toda la vida y todo el misterio de la Virgen Madre:

«María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Cuando llevó al niño Jesús al

56. *Ibid.*, n. 55.

templo de Jerusalén “para presentarle al Señor” (Lc 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería “señal de contradicción” y también que una “espada” traspasaría su propia alma (cfr. Lc 2, 34.35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el “*stabat Mater*” de la Virgen al pie de la Cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de “Eucaristía anticipada” se podría decir, una “comunión espiritual” de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como “memorial” de la pasión.

¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: “Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros” (Lc 22, 19)? Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¿era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz»⁵⁷.

Podemos, por tanto, aplicar la anterior analogía entre nuestro *Amén* personal y el *Fiat* mariano, también a nuestra participación personal en el Santo Sacrificio de la Misa, que es nuestro camino más directo para experimentar en primera persona los acontecimientos del Calvario. Aunque, en el fondo, volviendo a la esencial unidad de las distintas dimensiones de la Eucaristía, el *Amén* al Sacrificio es (debería ser) un *Amén* a la Comunión, y viceversa; como el *Fiat* de María en la Encarnación y su *Stabat* en la Cruz se identifican, se sostienen mutuamente.

Pero las reflexiones del Santo Padre sobre la Santísima Virgen y la Sagrada Eucaristía van más allá: la personal y peculiar relación existente entre el Hijo y su Madre se prolonga también en la relación filial del cristiano con María, precisamente a través del propio Misterio eucarístico, de la Comunión sacramental con Jesucristo:

«Haced esto en recuerdo mío” (Lc 22, 19). En el “memorial” del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro. En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, le entrega a

57. *Ibid.*, n. 56.

cada uno de nosotros: “¡He aquí a tu hijo!”. Igualmente dice también a todos nosotros: “¡He aquí a tu madre!” (cfr. Jn 19, 26.27).

Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros —a ejemplo de Juan— a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella»⁵⁸.

El maravilloso Don de Amor divino eucarístico se enriquece así, ¡todavía más!, con otro elemento nada pequeño ni vanal: el don de su Madre como Madre nuestra, su amor materno.

En definitiva, uniendo estas últimas consideraciones con las que abrían nuestro comentario, recordemos la sentida y exigente invitación del Santo Padre que cierra la encíclica:

«Sigamos, queridos hermanos y hermanas, la enseñanza de los Santos, grandes intérpretes de la verdadera piedad eucarística. Con ellos la teología de la Eucaristía adquiere todo el esplendor de la experiencia vivida, nos “contagia” y, por así decir, nos “enciende”. Pongámonos, sobre todo, a la escucha de María Santísima, en quien el Misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como misterio de luz. Mirándola a ella conocemos la fuerza transformadora que tiene la Eucaristía. En ella vemos el mundo renovado por el amor. Al contemplarla asunta al cielo en alma y cuerpo vemos un resquicio del “cielo nuevo” y de la “tierra nueva” que se abrirán ante nuestros ojos con la segunda venida de Cristo. La Eucaristía es ya aquí, en la tierra, su prenda y, en cierto modo, su anticipación: “Veni, Domine Iesu!” (Ap 22, 20).

En el humilde signo del pan y el vino, transformados en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para todos. Si ante este Misterio la razón experimenta sus propios límites, el corazón, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye bien cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites.

Hagamos nuestros los sentimientos de santo Tomás de Aquino, teólogo eximio y, al mismo tiempo, cantor apasionado de Cristo eucarístico, y dejemos que nuestro ánimo se abra también en esperanza a la contemplación de la meta, a la cual aspira el corazón, sediento como está de alegría y de paz: “Bone pastor, panis vere, / Iesu, nostri miserere...”. “Buen pastor, pan verdadero, / o Je-

58. *Ibid.*, n. 57.

sús, piedad de nosotros: / nútrenos y defiéndenos, / llévanos a los bienes eternos / en la tierra de los vivos. / Tú que todo lo sabes y puedes, / que nos alimentas en la tierra, / conduce a tus hermanos / a la mesa del cielo / a la alegría de tus santos”»⁵⁹.

Javier SESÉ
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

59. *Ibid.*, n. 62.

Copyright of Scripta Theologica is the property of Universidad de Navarra and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.